

EL VERDADERO PUEBLO DE DIOS SEGÚN MONSEÑOR ROMERO

El texto fue leído en una conferencia tenida en la IV Semana de Teología dedicada a Mons. Romero en San José (Costa Rica) organizada por el Instituto de América Central y la Conferencia de Religiosos de Costa Rica. El artículo toma como punto de partida la vida y la palabra de Mons. Romero para tratar un problema teológico fundamental: determinar cuál es el verdadero pueblo de Dios. Para ello se ofrecen cuatro características o notas esenciales. No es un artículo puramente teológico, sino histórico y, si se quiere, político.

EL verdadero pueblo de Dios según Monseñor Romero, Estudios Centroamericanos 36 (1981) 529-554

"Los que en un tiempo no eran ni siquiera un pueblo y que ahora son pueblo de Dios" (1 P 2,10).

Teológica e históricamente es difícil hablar de Mons. Romero sin hablar del pueblo y del pueblo de Dios. Un pueblo que, como el Siervo de Yahvé ni siquiera tiene faz humana y que poco a poco se fue convirtiendo en verdadero pueblo y en pueblo de Dios. Como Mons. Romero quería hacer de su pueblo un verdadero pueblo le descubría su estado de explotación, le anunciaba el futuro de Dios para él y lo animaba a luchar para buscar su verdadera y completa liberación. Al mismo tiempo, le importaba sobremanera el que la Iglesia se constituyera en verdadero pueblo de Dios. Poco a poco se fue dando cuenta de que sólo acercándose al pueblo, encarnándose en él, en sus dolores y en sus luchas, en sus alegrías y en sus triunfos, sólo siendo verdadero pueblo de Dios podría la Iglesia ser el cuerpo de Cristo en la historia.

Una de las explicaciones más profundas de la grandeza profética de Mons. Romero en los tres años breves de su vida pública como arzobispo de San Salvador pasa por el reconocimiento de que el pueblo de Dios sólo puede entenderse desde el pueblo y de que el pueblo necesita llegar a ser pueblo de Dios para alcanzar su plena dimensión histórica y su cabal trascendencia teológica. El enfoque del verdadero pueblo de Dios es, a la vez, histórico y teológico. Histórico porque está relacionado con lo que le ocurre al pueblo aquí y ahora. Teológico porque tiene relación directa con Dios, pero sin salirse o huir de la realidad social, sino ahondando y permaneciendo en ella para captar el Espíritu que la anima, para lanzarla hacia el futuro negando los límites del presente.

No se puede dar por evidente desde un principio cuál sea el verdadero pueblo de Dios. Ni vale decir que el verdadero pueblo de Dios es la verdadera Iglesia porque justamente se trata de eso, de saber cuál es la verdadera Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo en la historia. El Vaticano II después de hablar del misterio de la Iglesia se acerca a la realidad histórica hablando del pueblo de Dios y solamente desde ahí se atreve a hablar de otros temas más institucionales. La Iglesia como pueblo de Dios tiene unas exigencias muy estrictas sin las cuales su santidad se hace imposible.

Es evidente que la obra de Mons. Romero, centrada sobre la Iglesia como pueblo de Dios, reconoció hasta el fondo la conciencia de ser pueblo y logró una credibilidad para la Iglesia que antes no había poseído. Para muchos cristianos supuso una reviviscencia

de una fe comprometida hasta la muerte. Sólo los escribas y los fariseos niegan que el paso de Mons. Romero por la arquidiócesis haya supuesto un verdadero paso de Dios por la historia de El Salvador y de toda la América Latina. Las razones teológicas, que explícita o implícitamente, rigieron la conducta apostólica de Mons. Romero en el discernimiento del verdadero pueblo de Dios eran razones sólidas que pueden convertirse en características esenciales, quizás no suficientes, pero desde luego necesarias y con dinamismo para convertirse en suficientes.

1. La opción preferencial por los pobres

Medellín y Puebla subrayan con vigor la opción preferencial por los pobres, recogiendo lo que al respecto afirma el Vaticano II. No puede ser de otro modo por que hablar de la Iglesia y de su misión sin referencia explícita a la opción preferencial por los pobres sería una deficiencia de tal calibre que podría hablarse de herejía si se negara explícita y deliberadamente; sería una deficiencia gravísima si la práctica de la Iglesia no la afirmara. Es bueno recordar esto frente a quienes piensan que la opción preferencial por los pobres es una moda del sociologismo latinoamericano inficionado por la lucha de clases.

No hay verdadero pueblo de Dios más que cuando se da un pueblo configurado fundamentalmente por pobres que anuncian la realización del Reino de Dios en la tierra y que luchan contra la injusticia que impide su presencia eficaz.

Mons. Romero conocía los documentos del magisterio, pero sólo paulatinamente entendió su sentido y se atrevió a ponerlos en práctica. Antes de llegar a San Salvador y de entrar en contacto con los pobres y su destino, veía con precaución la línea de Medellín que entonces le parecía proclive a una excesiva politización de la Iglesia y a un desviacionismo hacia la lucha de clases. El contacto con los rostros humanos de los pobres y con la persecución le abrió los ojos y lo condujo a adoptar posiciones teóricas y prácticas de gran claridad teológica y vasto alcance profético.

No puede decirse de él que desconociera o minusvalorara a los pobres en el sentido más tradicional y superficial. No puede olvidarse que tras su traslado a San Salvador renunció al palacio arzobispal que los ricos le ofrecieron construir y se estableció en "el hospitalito", donde se recogen pobres enfermos desahuciados. A esta obra benéfica entregó los premios en dinero que recibió. El concepto político de pobre que Mons. Romero llamará pueblo no surge en contraposición excluyente con el concepto asistencial de pobre. Los pobres, el pueblo no son aquí y ahora cualesquiera desvalidos o afligidos; también lo son, pero no principal y primariamente.

Para Mons. Romero pobres eran (a) las mayorías populares, la inmensa mayor parte de los salvadoreños que viven en condiciones inhumanas de pobreza en razón no de su desidia o de su debilidad o de su falta de capacidad, sino en razón de explotados y oprimidos por estructuras e instituciones injustas, por naciones y clases, que en su conjunto orgánico constituyen la violencia estructural; (b) las organizaciones populares reprimidas en su lucha orgánica por darle al pueblo un proyecto y un poder popular que le permitan ser autor y actor de su destino y (c) todos aquellos, organizados o no, identificados con las justas causas populares y que luchan a su favor.

Los pobres así configurados constituían la piedra de toque para la bondad política de cualquier proyecto y para la trascendencia histórica de la misión eclesial. Lo que sea bueno para el pueblo será bueno políticamente. Lo que él acepte, debe promoverse. Un elemento importante de su ministerio episcopal fue "sentir con el pueblo" como elemento esencial para "sentir con la Iglesia", y sobre todo, para poder hallar en las circunstancias históricas cuál es el designio de Dios, cuál la interpretación correcta de los signos de los tiempos y cuáles las acciones a emprender.

En la conversión al pueblo Mons. Romero encontró el camino de su propia conversión. Ahí encontró su fuerza profética. Desde la fe y la oración personal leyó en la historia real del pueblo lo que debía hacer como pastor. Inmerso en esa historia su postura humana se agigantaba. En el seno del pueblo sintió la fuerza de Dios que lo llevó a ser la voz de los sin voz. El pueblo hizo grande a Mons. Romero, lo hizo santo y le dio fuerzas para ser mártir en el testimonio y en la sangre. Nada de esto lo alejó de Dios. En este sentido no puede hablarse de una politización ni mucho menos de una mundanización de su vida o su mensaje.

La opción por los pobres en Mons. Romero no surgió en virtud de un odio primario a los ricos. Nadie puede achacarle odio personal a los ricos, desde luego no en su etapa anterior al arzobispado, pero tampoco como arzobispo. Su mensaje para los ricos era de amor y conversión. Sus palabras más duras fueron para los gobernantes y sobre todo para los responsables últimos de la represión al pueblo. Lo primero en él fue el amor a los oprimidos. Que ese amor tuviese su contraparte respecto a los opresores no puede hacer olvidar la perspectiva exacta, no parte del odio a una de las partes del conflicto, sino del amor a la otra.

2. La encarnación histórica en las luchas del pueblo por la justicia y la liberación

La opción preferencial lleva necesariamente a luchar por los derechos fundamentales de los pobres. Hacer lo contrario sería probar con hechos la falsedad de las palabras y la ambigüedad de la opción. En este punto se multiplican las dificultades contra la presencia del pueblo de Dios en las luchas populares. La raíz común de todas ellas estriba en suponer que toda lucha es una lucha de clases, que toda lucha de clases debe ser lucha violenta (armada) y que toda lucha de clases comporta el odio. Consiguientemente, toda lucha por la justicia es mala en cuanto estaría propiciada por el marxismo, el cual, a su vez, es intrínsecamente malo y hace malo todo cuanto propicia. Aunque no siempre se aclara si el marxismo es malo por propiciar la lucha de clases o ésta es mala por ser propiciada por el marxismo.

Ninguno de los pasos anteriores es, sin más, verdadero. No toda lucha por la justicia es violenta. La dificultad principal no se da en las luchas obreras reivindicativas donde genéricamente hay lucha de clases en cuanto que intereses contrarios se disputan los beneficios del trabajo, se entiendan o no como plusvalía, sino en la lucha revolucionaria que intenta el derrocamiento de un poder injusto y el establecimiento de un poder contrario. A veces el derrocamiento se realiza a través de una larga lucha armada o de una insurrección general. Una vieja tradición doctrinal de la Iglesia sostiene la existencia de casos en los cuales es lícita y legítima una insurrección violenta contra un régimen o sistema injusto cuando ya se han agotado todos los otros recursos menos

destructivos. Por tanto, la lucha por la justicia no por ser violenta y armada debe ser siempre rechazada.

No compete al pueblo de Dios iniciar, en cuanto tal, una lucha armada porque no corresponde a su naturaleza y no está preparado para ella. Otros están en mejores condiciones para emprenderla. Esto no obsta para que el pueblo de Dios pueda contribuir a la lucha y al triunfo con las armas que le son propias, no ciertamente bélicas, pero no por eso ineficaces.

La objeción de la lucha de clases tiene una doble vertiente, engendra odio entre las clases y la fe cristiana anuncia el amor y en caso de triunfar lleva a una dictadura del proletariado y a la implantación de un sistema marxista que excluye la libertad, especialmente la religiosa. En el marxismo la lucha de clases no es una especie de pasión inducida subjetivamente, sino una realidad objetiva. Ello no impide ni los subjetivismos ni los revanchismos y el pueblo de Dios haría bien en ponerse en guardia en contra de ambos aspectos negativos. Sin embargo, uno no sabe por qué escandaliza tanto la lucha de clases y tan poco la lucha entre naciones. Ni sabe uno por qué escandaliza tanto la lucha de clases y tan poco la existencia de clases que en cuanto tal implica la lucha legal de la clase dominante contra la dominada. Esta lo único que hace es responder como puede a una lucha objetiva no iniciada por ella.

La segunda vertiente de la objeción es una hipótesis referida a la actual situación latinoamericana, aparte de que el problema no debe enfocarse desde la institucionalidad de la Iglesia, sino desde el Reino y el pueblo de Dios, dos aspectos que no pueden separarse como tampoco identificarse. La persecución a la Iglesia en Guatemala y en El Salvador no tiene comparación posible con la que se dio en Cuba y, desde luego, no tiene comparación alguna con el respeto que merece la Iglesia institucional en la actual situación de Nicaragua. La Iglesia en este punto debe ser completamente sincera consigo misma y preguntarse qué es lo más conveniente para el pueblo y no qué es lo más conveniente para ella misma. Desde el lado marxista debería estar claro que la repetición dogmática de sus tesis de manual no es la mejor manera para encontrar el verdadero camino en la realización de un proyecto histórico. Si es histórico debe acomodarse plenamente a la realidad social en la cual se quiere establecer.

Sobre estos puntos escribió Mons. Romero, especialmente en sus dos últimas cartas pastorales. Educado en un antimarxismo rígido, dejó poco a poco toda forma de ser anti para convertirse en observador crítico. Su talante pacífico no lo llevó al silencio cómplice. Las acusaciones contra él tenían la misma verdad que las hechas en su tiempo contra Jesús. Mons. Romero no se escandalizó, pues conocía el espíritu de los profetas.

El pueblo de Dios no busca en las luchas históricas el poder para sí. Denuncia los males que lo afligen y anuncia el camino hacia la liberación. Los analistas marxistas afirmarán que ésa es una labor ideológica útil a la lucha revolucionaria, pero esa utilidad puede ir mucho más allá de lo que ellos estiman o permitan. El pueblo de Dios no se asusta de que su posición crítica favorezca más a un proceso revolucionario marxista porque su apoyo no estriba en que sean marxistas, sino en que aquí y ahora son ellos quienes más a fondo están luchando contra la injusticia opresiva y represiva. Si se llega a dar la circunstancia de que se conviertan, a su vez, en opresores y represores, también se alzarán contra ellos el pueblo de Dios.

3. La introducción de la levadura cristiana en las luchas populares

Ningún proyecto histórico cumple con la utopía del Reino de Dios en la tierra. El anuncio pleno del Reino señala límites y anima las luchas por la justicia, pero sobre todo sirve para indicar direcciones y valores específicos. Si el pueblo de Dios no logra hacer presente en los proyectos y realizaciones históricas esas direcciones y esos valores carece de verdad alguna. Los creyentes en el dinamismo del Espíritu de Cristo no se conforman con lo que dan de sí los dinamismos puramente políticos. El Reino de Dios no es una alternativa dualista a los proyectos políticos, pero sí es una presencia real y efectiva expresada en la antigua parábola evangélica de la levadura en la masa.

Mons. Romero partía en sus juicios históricos de una profunda experiencia personal de Dios desde la cual se abría a toda la trascendencia del Reino de Dios. Desde esta apertura condenaba las limitadas realizaciones históricas contrarias al Reino, animaba a nuevas realizaciones en las cuales se diera al pueblo un lugar de preferencia y desabsolutizaba cualquier proyecto político y cualquier organización popular por buenas o necesarias que parecieran. Dios es siempre mayor que cualquier realización u organización humana. Ninguna de ellas agota su trascendencia ni puede convertirse en ídolo. Según Mons. Romero las organizaciones populares no son para sí, sino para el desenvolvimiento del pueblo. Toda organización es más pequeña que el pueblo y ninguna de ellas puede dar siquiera en el proyecto lo que el pueblo, de verdad, necesita. Ninguna de ellas puede hablar exclusiva y dogmáticamente en nombre del pueblo. Todas son necesarias para que el pueblo haga sentir su voz y su eficacia, pero ninguna de ellas ni todas en conjunto pueden dar de una sola vez lo que es la voluntad popular. Aquí se encierra una profunda llamada a la modestia y a la unidad de la izquierda.

Para Mons. Romero el pueblo era lo primero o si se prefiere Dios se le presentaba, ante todo, en el pueblo de Dios. Una de sus actitudes primarias respecto al pueblo era la misericordia. Le dolían sus sufrimientos, sus torturas y sus muertes. Nada de esto era abstracto para él. Había nombres y rostros propios. La mentira y la hipocresía de los poderosos, la obcecación de los ricos le causaban cólera, pero la injusticia sufrida por el pueblo le suscitaba misericordia. Cualquier otro sentimiento quedaba matizado por éste último. Era su corazón bueno y humilde. La misericordia, por otro lado, tanto en el orden personal como en el de las soluciones políticas, es un elemento necesario en las luchas de liberación porque humaniza el conflicto. No excluye el castigo, pero lo subordina a valores superiores.

Junto a la misericordia existe la cólera santa que viene de Dios y que puede llenar el corazón del profeta. El Antiguo Testamento lo demuestra abundantemente por parte de Dios y del hombre. Lo mismo hace el Nuevo Testamento. Al seguidor de Jesús no se le exige, en nombre de una reconciliación abstracta, conformarse con el mal y con quienes mantienen al borde de la muerte a las mayorías populares.

Mons. Romero creía en los pobres como lugar privilegiado de la constitución y misión de la Iglesia. Creía en ellos como los impulsores y los dueños del destino popular. Por tanto, se puede hablar de una fe teológica y de una fe política en el pueblo. Esta fe en los pobres es escandalosa. Ciertamente, el marxismo teórico ha puesto su fe en el proletariado como clase explotada, pero a pesar de su similitud aparente no se identifica con la fe cristiana en los pobres. Existe una diferencia profunda entre la debilidad del

pueblo y la fuerza de la clase proletaria. Lo cual no obsta a que puedan conjugarse: la fuerza de los explotados puede potenciar la debilidad de los pobres de Yahvé y viceversa. Esta conjugación no debe verse como pura maniobra táctica durante la lucha insurreccional, sino que debe proseguir en la reconstrucción, cuando ya no opera directamente el estímulo del explotador y en la que, por tanto, es necesario que opere directamente la presencia creadora de los valores estrictamente populares.

La fe en la fuerza escandalosa de los empobrecidos está enlazada estrechamente con la esperanza. Decía Mons. Romero: "Preguntan por nuestra contribución... Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo de una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo... La Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza en los hombres," (Homilía 18 de febrero de 1979). La esperanza en los pobres no se fundamenta en una genérica bondad de los hombres, ni en la buena voluntad de los poderosos ni en los dinamismos del desarrollo, sino en la intolerabilidad de la situación presente. Su historia no les permite otra salida que forzar el futuro. Un futuro que han de recibir como don al no estar presente, ni si quiera parece estar a su alcance. No se anuncia tanto la abrogación del presente por la promesa del futuro como la afirmación del futuro sobre la negación del presente. En él Dios habla negando y anunciando un futuro nuevo que debe ser creado sobre la negación del mal y del pecado. El Dios del futuro se dibuja presente como negado. Como tal se hace carne en el dolor del pueblo. La esperanza del pueblo pobre se alimenta del dolor y la represión, pero se funda, últimamente, en la fe en el crucificado y resucitado.

Esta esperanza posee una dimensión trascendente y escatológica. Mons. Romero nunca dejó de señalarla, no para pacificar y resignar a quienes sufrían, sino para dar mayor fuerza y sentido más pleno a la negación del presente y a la construcción del futuro. Mons. Romero vivía de esta esperanza, sentía presente a Dios como definitivo y último, en la transitoriedad de los sucesos históricos, pero lo sentía como promesa cierta de una trascendencia personal más allá de la historia. Todo ello sin rotura ni confusión.

Una última característica es el espíritu de permanente y radical conversión. Mons. Romero fue en esto un ejemplo excepcional. No le parecía que por pertenecer a la Iglesia era ya santo. Mons. Romero no se instaló, sino que se mantuvo abierto a las llamadas de Dios en los signos históricos. Por eso, su conversión, supuesta una permanente y esforzada conversión a Dios en la oración y en el silencio, era una permanente conversión al pueblo. No una vuelta abstracta y doctrinal, sino una vuelta para recoger la voz del Siervo doliente de Yahvé. No renunciaba a hablar con nadie ni limitaba su deseo de ayudar excluyendo a persona alguna; pero sus preferencias eran claras al sentir mucho más cerca la presencia de Dios en los humildes. En el fondo, siguió siendo un sencillo hombre del pueblo surgido de entre él para ser su voz y su representante.

Apoyado en el pueblo se pudo hacer fuerte e independiente contra las presiones civiles y religiosas provenientes de la conferencia episcopal, el CELAM y el Vaticano. Frente a las presiones, algunas intolerables, afirmó que su postura no era suya, sino impuesta por Dios a través de la voz y del mayor bien de su pueblo. En este punto, su ejemplo es válido de cara a las organizaciones populares en cuanto que nada excusa de la permanente conversión al pueblo. Esta convicción encierra un principio de permanente autocrítica y cambio sin el cual toda revolución se convierte en aparato burocrático.

Sólo en la permanente conversión de la dirigencia a la organización y al pueblo se avanza críticamente.

Este conjunto de aspectos constituye una espiritualidad de la pobreza referida a la situación revolucionaria de El Salvador. Una espiritualidad que puede ser levadura cristiana en las luchas por la justicia.

4. La persecución por causa del Reino de Dios

El verdadero pueblo de Dios no puede menos de ser perseguido porque quiere ser negación del pecado e instaurar el Reino. Jesús así lo anunció y puso la persecución como clara señal de bienaventuranza de los miembros del Reino. Por eso, Mons. Romero dijo: "Cristo nos invita a no tenerle miedo a la persecución porque... el que se compromete con los pobres tiene que correr el mismo destino de los pobres. Y en El Salvador ya sabemos lo que significa el destino de los pobres," (Homilía, 17 de febrero de 1980).

Es un hecho palmario que buena parte de la Iglesia salvadoreña se ha entregado de lleno a defender la causa de los pobres, no abstracta y genéricamente, sino peleando contra los abusos de la represión y animando a quienes justamente luchan por sus derechos. La respuesta no se ha hecho esperar. Es difícil encontrar en los anales de la Iglesia actual más mártires y persecución por la fidelidad al compromiso con los pobres.

Los cobardes, los prudentes y los interesados afirman que eso sucede por meterse en política. Pero Mons. Romero se preguntaba si acaso Jesús habría hecho otra cosa. Si por político se entiende encarnar el Evangelio en los procesos históricos e impulsar las luchas populares, la Iglesia salvadoreña, efectivamente, se ha metido en política. Si por política se entiende denunciar llamando al pecado y a la gracia por su nombre, la Iglesia salvadoreña ha entrado en el campo de la política. La persecución no le viene por defender dogmas, sino por encarnar virtudes heroicamente cristianas. Se persigue a la Iglesia por defender los derechos y los intereses de los pobres.

Respecto a la persecución a la persona de Mons. Romero que culminó con su asesinato ante el altar, se siente en sus premoniciones un eco de las de Jesús ante su próxima pasión. La sucesión de fechas muestra cómo sus anuncios se van haciendo más apremiantes. No por eso rehusó subir a su Jerusalén dominical ni abandonó sus ocupaciones pastorales habituales. No llegó vivo ni siquiera al Domingo de Ramos, ese día entró en su catedral y salió al atrio revestido de obispo, pero ya en hombros de sus sacerdotes y guardado en el ataúd. Tampoco pudo ser sepultado en paz. El no abandonó a su pueblo entonces, ni el pueblo lo abandonó a él. Sus perseguidores quisieron impedir que el pueblo saliera esperanzado del martirio de su pastor. Quisieron hundir más en la muerte a su pueblo, pero su voz y su presencia quedaron para siempre: si me matan resucitaré con el pueblo salvadoreño. Un obispo morirá, pero el pueblo de Dios no perecerá jamás.

En primer lugar, se da la persecución al pueblo en la opresión estructural. Cuando el pueblo concientizado y organizado lucha por su liberación, se da la represión y luego ocurre la persecución al pueblo de Dios al intentar introducir la historia de salvación en la historia del pueblo. Finalmente, ocurre el asesinato de Mons. Romero, la cabeza más

visible del pueblo de Dios. Así se esperaba dispersar al rebaño, pero no sucedió del todo; aunque sus enemigos sabían que sería difícil reemplazarlo. Lo mataron los mismos asesinos del pueblo con la misma impunidad con que matan al pueblo.

Desde un punto de vista teológico la muerte del profeta ocurre al predicar el Reino con palabras históricas que desencadenan una nueva realidad en el presente. Políticamente, la muerte del líder religioso es buscada para frenar el movimiento popular y el apoyo de la Iglesia a éste. Lo mismo debe decirse de la persecución al pueblo de Dios. En el caso de la persecución al pueblo la acción es directamente política, aunque indirecta e implícitamente es también una acción en contra del Reino de Dios.

La piedra de toque de una misma persecución sirve de criterio para conectar gradual y progresivamente cosas que, en un primer momento, parecen desunidas. La realidad de la acción puede ser un fundamento más sólido que cualquier formulación ideológica. El problema no es fácil, pero sería absurdo negar que una sincera lucha por el hombre y la justicia, por más que la lleven a cabo los marxistas, fuera un campo de confluencia con la fe desde la perspectiva del Reino de Dios. No verlo así sería politizar excesivamente la cuestión por parte de los cristianos y sería excesiva ideologización por parte de los marxistas. Más allá de la política y la ideología debe predominar la verdad de la realidad.

Tenemos así el pueblo dando autenticidad a la Iglesia porque en él opera el Espíritu y la verdad del Hijo anonadado, y a la Iglesia como pueblo de Dios anunciando vida y salvación al pueblo. Dios quiere hacer de la historia de los pueblos una historia de salvación y para eso se hunde de lleno en la historia por el camino preferencial de los pobres.

Para quienes sospechan que tras este planteamiento se da una huida de la responsabilidad personal y de la conversión, convendría repetir las palabras de Mons. Romero: "¡Qué fácil es denunciar la injusticia estructural, la violencia institucionalizada, el pecado social!... pero ¿dónde están las fuentes del pecado? En el corazón de cada hombre. La sociedad actual es una especie de sociedad anónima en que nadie se quiere echar la culpa y todos somos responsables... Todos somos pecadores... Por eso, la salvación comienza desde el hombre, desde la dignidad del hombre... " (Homilía, 23 de marzo de 1980).

Hoy en día la autenticidad del pueblo de Dios pasa por la pobreza y la justicia. Ambas constituyen la piedra de toque de la fe profesada y de la realidad de la vida vivida. Muchos pueblos latinoamericanos están en trance de no ser ni siquiera pueblo por los años de subdesarrollo y explotación, de opresión y represión. Ello ha hecho que buena parte del pueblo busque su supervivencia por caminos equivocados. No hay por qué idealizar al pueblo, su grandeza está por debajo de sus debilidades y por delante de sus tropiezos. El pueblo guarda en sus entrañas grandes valores. Por eso Mons. Romero encontró una acogida incomparable con la de cualquier otro obispo o líder político. "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados a defender sus derechos y para ser su voz," (Homilía, 18 de noviembre de 1979). Mons Romero quería hacer de los salvadoreños un pueblo y, luego, un pueblo de Dios. Estaba persuadido de que sin llegar a ser pueblo de Dios jamás sería pueblo.

Condensó: RODOLFO CARDENAL S. J.